

*En los albores del siglo pasado los mayores empeños progresistas reflejaban las expectativas que despertaba la maquinaria como reemplazo de la fuerza bruta. Las hambrunas se multiplicaban a lo largo y a lo ancho del planeta y las pandemias diezaban poblaciones enteras. El sueño común de aquellas generaciones era facilitar el acceso de las personas a condiciones de una vida digna y saludable, con mayores tiempos para el esparcimiento, el confort y el acercamiento familiar. Si bien el desarrollo industrial generó innumerables aportes a esos objetivos, no resolvió las cuestiones de fondo y en todas las latitudes subsisten asentamientos marginales de extrema pobreza, desigualdad de oportunidades y condiciones de precariedad insostenible. Las guerras en el planeta así como las amenazas naturales y antrópicas incrementan los riesgos de una alteración crítica y generalizada que anule de manera definitiva la expectativa idealizada del siglo veinte.*

*Por ello resulta necesario que la cultura y la educación de las nuevas generaciones prioricen con sus acciones la subsistencia del hombre. Para lograr este objetivo es necesario asegurar fortalezas en materia de principios elementales de seguridad y solidaridad internacional, multiplicando esfuerzos que favorezcan la capacitación de las personas en campos del conocimiento, procurando una mayor armonía entre la naturaleza y el avance tecnológico. El equipamiento y la infraestructura educativa, la readecuación de espacios formativos y planes de estudio deben acompañar las exigencias de un proceso productivo global pensado para esta nueva prioridad.*